

Discurso pronunciado en Tandil, el 27 de Septiembre de 1975, al descubrirse la placa que nomina una calle "Profesor Mariano R. Castex"

por el Dr. Egidio S. Mazzei

Comprendo cuánta razón tuvo el Profesor Cesare Frugoni cuando dijo, en ocasión de rendir homenaje a Pedro Grocco, en la Academia Médica de Firenze: "Conmemorar a un Maestro es siempre gran empresa científica, moral y sentimental. Conmemorar al propio Maestro es motivo de mayor responsabilidad y de profunda emoción".

Como dice Loudet, "todo acto recordatorio es una lección renovada que sirve para mejor ilustración de las nuevas generaciones. Debemos ponerlas en descubierto". Y ello vale más cuando lo que se recuerda es una vida ejemplar, de auténticos relieves como médico, docente y ciudadano, que irradiaba distinción y señorío, con conciencia cabal de lo que es *ser médico y ser profesor universitario*, tratando de reflejar el verdadero valor de su obra, cuando lo que se recuerda es asimismo el hombre quien, además de su integridad moral, fue el más talentoso y fructífero clínico argentino, el más internacional, el que durante cincuenta años estuvo en nuestro medio encabezando esa disciplina. Tal es lo que ocurre hoy, al honrarse al Prof. M. R. Castex.

El Maestro. Su magisterio fue permanente, a la vez médico, cultural y moral. Muchas lecciones dictó, pero la más valiosa fue la del ejemplo, y el mérito mayor de su vida fue su pasión por la cultura, por el trabajo y la moral.

De sólida formación europea, fue un "gran Maestro", el más importante que tuvo nuestra generación; lo fue por su generosidad y fervor en enseñar, por su ansiedad por el estudio, por su cultura, por su modestia, por su ejemplar grandeza moral y por su devoción a la medicina; porque no se limitó a ser el profesor que instruye, sino que fue "el maestro que educa en la totalidad, con un estilo superior de vida, que enciende vocaciones, que conoce la naturaleza humana, el valor de la libertad".

Por eso, la estela que dejó este gigante de la Medicina sigue luminosa a través de sus escritos y de sus numerosos

discípulos hechos durante cincuenta años, en una época brillante que no volverá a repetirse, que fue como su símbolo, y que hoy evoco con nostalgia, pero cuya memoria es historia y mensaje a la vez, de estilo personalísimo, con un resplandor luminoso sobre nuestra Medicina y la universal. De ese mensaje fue destinatario y es su depositario todo el cuerpo médico argentino.

Lo recuerdo ahora en sus luminosas mañanas de las salas del hospital de su Cátedra, a las que llegaba con puntualidad y en hora temprana, en sus recorridas de enfermos, con su avidez intelectual, con su entusiasmo a la vez desbordante y contagioso, en sus clases demostrativas de vehemente inteligencia, plenas de oyentes, parte del mismo de pie, con respeto religioso, siguiendo absortos sus conferencias, de saber ilimitado, en su trato franco, lleno de dignidad, llano, accesible, con su mérito de hacer de su Cátedra nuestro segundo hogar, y de su vida una entrega total a la Medicina.

Lo recuerdo en su conducta sin renunciamentos y sin temores, en sus ideas cívicas que lo llevaron en 1943 a firmar el manifiesto de la democracia efectiva y de la solidaridad americana, en su lecho de enfermo y en aquella mañana del 30 de julio cuando cerró sus ojos rodeado de sus familiares y de sus discípulos más íntimos. Aquel que se iba había sido *más maestro* que profesor. Había sido el médico cabal, que al decir de Marti Ibáñez, es "el hombre completo que sabe actuar en la ciencia como un profesional de calidad e integridad, en la vida como un ser humano dotado de un buen corazón y de elevados ideales, en la sociedad como un honesto y eficaz ciudadano".

Enseñó, estudió y trabajó hasta poco tiempo antes de su deceso; aunque anciano, su vida ignoró la vejez.

El ciudadano. Lo fue en modo ejemplar. Amante de la libertad y de la democracia, no permaneció indiferente a los destinos de ellas y del país. Sin militancia política estuvo siempre atento al destino de las instituciones y a su estilo liberal.

El clínico. Fue el primer clínico argentino de dimensión y de nivel internacional y dentro de ésta el propulsor de la medicina etiocrática. Tenía una preparación excepcional basada en las escuelas de Widal, Krehl y Kraus y en sus ininterrumpidas lecturas de cuanto se publicaba. Le correspondió además, como clínico talentoso, llegar a la Cátedra más tradicional e importante teniendo sólo 32 años, por propia gravitación de sus valores y ser entre nosotros la figura de transición entre dos épocas de la Medicina: la de la clínica tradicional, que sólo se hacía con el enfermo y la actual con el aporte del laboratorio, los métodos complementarios y la investigación clínica, de la que fue un propulsor. Y lo hizo brillantemente y con justeza, impregnando todo nuestro medio

médico, dando el ejemplo —que es la mejor lección— de su vida talentosa, excepcional, creadora, de maestro generoso e intachable, incansable en su labor, de permanente vocación.

Nada empañó su gloria de argentino superior, de educador sin tacha, de médico con grandeza y personalidad propia.

Esta placa, con el nombre de esta calle de Tandil, es para nosotros recuerdo de tiempos que no volverán y que añoramos a la vez con emoción y con respeto; pero para nuestros compatriotas quiere decir que fue honrado un compatriota ejemplar, por su vida, su actuación, sus ideas, su cultura no sólo médica, sino además literaria, histórica y artística, como la de aquellos hombres universales que florecieron en el Renacimiento, y por encima de todo, por su moral, destacando así la permanencia de todo lo que es noble y de quien fue el mayor testimonio de la época de oro de nuestra clínica médica. En otras palabras, esta placa promovida por el amor, la gratitud y el recuerdo de sus discípulos, expresa el reconocimiento de sus conciudadanos de Tandil para que su nombre siempre perdure, como anteriormente lo hicieron las ciudades de San Antonio de Areco, Mar del Plata, Neuquén, Bariloche, Allen, Salta, Montegrande, San Martín, Santa Rosa (La Pampa).

Señor Intendente, señores Secretarios de la Municipalidad, señores Concejales, señores Miembros de la Asociación Médica de Tandil, señoras y señores: Muchas gracias por este homenaje a nuestro maestro; a unos por haberlo resuelto, a otros por haberlo auspiciado, a los restantes por haberse hecho presente en este acto, en el que represento a la Academia Nacional de Ciencias Morales —de la que fue ilustre Vicepresidente—, a la Asociación Médica Argentina —que presidió con espíritu progresista y decoro—, a la Sociedad Argentina de Progresos en Medicina Interna— que fundó y presidió inicialmente—, y a sus discípulos.